

## Conclusión: María Madre Sacerdotal

Al final de este camino de reflexión sobre el misterio de Cristo Eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, quisiera ofrecer algunos puntos finales inspirados en la figura de la Virgen María, Madre Sacerdotal.

Refiriéndonos a las exposiciones anteriores, que nos han acompañado en este camino entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, contemplando la prefiguración, el cumplimiento y la participación del sacerdocio eterno de Jesús, me parece que puedo ver cómo por esa unión tan profunda de la Madre con el Hijo, en Ella podemos encontrar todos los frutos más hermosos del sacerdocio eterno del Hijo.

Ya mirando la figura de Melquisedec en Gen 14,18-22, como prefiguración de Cristo Sacerdote, hemos subrayado que en él podemos ver dos acciones, la de ofrecer-sacrificar y la de bendecir. La primera dimensión, que consiste en reconocer los dones de Dios, recibirlos y devolverlos, está íntimamente unida a la segunda, la de la bendición, es decir, elevar la alabanza a Dios, reconociendo su grandeza y santidad, recibiendo al mismo tiempo su favor en abundancia. Pensando en María, sin duda se ve esta profunda actitud de reconocer los dones de Dios con humildad y fe y saber ponerlos a su total servicio. ¿No se puede ver en María ya la verdadera identidad Madre Sacerdotal en esto? Ella recibe el don por excelencia, el don del Hijo, pero sabe bien desde el principio que su Hijo no le pertenece. Después del nacimiento de Jesús, María con su esposo José van al templo. San Luca nos recuerda:

*“Cuando llegó el día fijado por la Ley de Moisés para la purificación, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor”. También debían ofrecer un sacrificio un par de tórtolas o de pichones de paloma, como ordena la Ley del Señor” (Lc 2,22-24).*

Presentar al Señor significa reconocer su don y ofrecérselo, no guardarse nada, sino poner en circulación el don recibido, devolvérselo a Dios y a los hermanos. El acto de bendecir, es decir lo de “decir el bien” de Dios, también está muy presente en la vida de María. En todo lo que hace, bendice al Señor, reconociendo y alabando su grandeza: “*Mi alma canta la grandeza del Señor*” (Lc 1,46), pero esta es una respuesta a la propia bendición recibida por medio de Isabel: “*¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!*” (Lc 1,42).

Nuestra reflexión sobre la figura sacerdotal-mesiánica del Salmo 110 nos ha llevado a mirar al Hijo como generado desde la eternidad por el Padre y portador de

esta nueva generación. ¿Cómo no pensar en el papel de María? Ella, elegida por Dios como verdadero “resto de Israel”, porción fiel de su pueblo, por su papel único en la Encarnación del Hijo, permitió en su seno - que los Padres de la Iglesia también llamaron “lecho nupcial” - la unión definitiva, realizado de una vez por todas, entre Dios y el hombre. También en Ella, como en Jesús, se ve esta nueva generación. Dante, el gran poeta italiano del Medioevo, invoca a María llamándola “*Hija de tu hijo*” (*Paradiso*, XXXIII). Ella abrió la posibilidad para que todos los hombres, de todos los idiomas, razas, pueblos y naciones, entraran en contacto con Dios y se convirtieran en hijos en el Hijo. Una de sus hermanas, la Madre Elodia Parra Hernández, escribió un hermoso librito titulado “*María Madre de Cristo Sacerdote*” y en un pasaje muy profundo dice al respecto:

*“María dice relación con toda la humanidad: su mediación no tiene fronteras, como no la tiene la de Jesús [...] No solo vive la comunión con el crucificado y con su obra, sino que refleja y realiza la comunión mediadora con el resto de los hijos, con el resto de los hombres”* (p. 25).

El Salmo 110 presenta también un elemento relativo a la lucha y victoria definitiva del Mesías-Sacerdote sobre el mal. María, en la lucha de la humanidad contra el poder del mal, representa un signo de esperanza y de la victoria definitiva de Cristo. Como Madre Sacerdotal, participa de la victoria definitiva de Cristo sobre Satanás, el espíritu del mal, que no puede hacer nada contra Ella, como nos recuerda el Apocalipsis: “*Entonces el dragón se enfureció contra la mujer y se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, es decir, a los que observan los mandamientos de Dios y guardan las declaraciones de Jesús*” (Ap 12, 17). La fuerza de su victoria deriva de la palabra irrevocable y estable que la unió definitivamente y para siempre al designio de Dios: “*Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho*” (Lc 1, 38).

Meditando sobre la Carta a los Hebreos, hemos visto cómo el sacerdocio eterno de Cristo está profundamente fundado en su solidaridad con la humanidad, misericordioso y digno de fe, porque está hecho “de la misma pasta” los hombres. Cristo asumió esta humanidad precisamente de María, que existencialmente se puso a disposición de este plan. Toda la vida de María, como puede verse en Caná de Galilea, está marcada por esta solidaridad con la humanidad. Se mostraba solícita con los esposos que habían terminado el vino de la fiesta, como signo de esta solidaridad y atención total: “*como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino»*” (Jn 2, 3). Continúa esta actitud de acercar a sus hijos al Hijo a lo largo de la historia de la salvación, mostrándose Madre solícita y atenta. El capítulo 6 de la Carta a los Hebreos nos dio la imagen del ancla: ¿no podríamos ver también en esta ancla de esperanza una figura de María, Madre Sacerdotal? Ella - ya asumida

en cuerpo y alma en la gloria del cielo - como nos recuerda el Concilio Vaticano II, “en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2Pt 3,10)” (*Lumen Gentium*, 68).

Esa lista de cualidades que en la carta a los Hebreos del capítulo 7 se atribuyen a Cristo Eterno Sacerdote “*santo, inmaculado, apartado del mundo de los pecadores y elevado sobre el cielo*” (Heb 7, 36), son todas compartidas por la Madre ¿Quién es santo más que María? La que se llama *Panaghia*, es decir, “*la Toda Santa*”, en el sentido en que hemos hablado bien, es decir, según la santidad de las Bienaventuranzas, que es esencialmente la perfección del amor. No me detengo en la calidad de la Inmaculada Concepción, ¡porque es uno de los dogmas marianos que mejor conocemos! Preservada del pecado por los méritos del Hijo, concebido sin pecado original y ajeno a todas las formas de pecado. Asimismo, la Asunta, que ya disfruta en cuerpo y alma de los frutos plenos de la Pascua de Cristo, está claramente “*elevada por encima de los cielos*”.

Leyendo Juan 17, la oración sacerdotal de Jesús, nos centramos en la mediación de Jesús como intercesor de la humanidad. Este papel también lo participa plenamente María, como ya se dijo sobre las bodas de Caná, y continúa en su dimensión gloriosa. El Vaticano II una vez más nos ilumina:

“*Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador*” (*Lumen Gentium*, 62).

La dimensión eucarística del sacerdocio de Cristo, que se expresa plenamente en la Iglesia, realizando en su sangre la Alianza Nueva y Eterna, ve a María plenamente implicada. Cuando la Iglesia celebra, lo hace en unión con los que ya gozan de la presencia de Dios, con los que aún se purifican y con los que caminan aquí en la tierra. María, profundamente unida al Hijo, está siempre presente en la Iglesia, uniéndose a la ofrenda del Hijo, como lo hizo de una vez por todas bajo la cruz, también en la representación incruenta de su don en el altar, enseñándonos siempre una implicación existencial en este misterio.

Ya hemos mencionado el valor de la palabra de María, estable y definitiva, en el sí al ángel (Lc 1, 26-38). Paralelamente, mirando la oración de Jesús en el Getsemaní, ¿cómo no pensar en la plena adhesión de su voluntad al plan del Padre? Como en Jesús se realizó la plena sinergia entre la voluntad humana y la divina, en el momento de la lucha en la oración del huerto, así la adhesión de la voluntad de María, con su sí incondicional al Padre, permitió la Encarnación del Hijo, permitiendo su obra mediadora y salvadora. Verdaderamente toda la oración y vida de María fue una adhesión a este plan, como modelo de todo discipulado y de todo ministerio y servicio humilde y obediente en la Iglesia.

Contemplando la escena de la crucifixión, ya nos hemos adentrado en el papel de la Madre, que se expande hacia una maternidad universal. Aquí solo me gustaría enfatizar un elemento. También María, como Jesús y Juan Bautista, supo y sabe “desaparecer”, dejar el primado al Hijo. María sigue siempre señalando con el dedo a Cristo y siendo como una ventana a su Persona y Misión. Madre Elodia dice lúcidamente al respecto:

*“(María) se encuentra en posición de mediatrix entre la humanidad en espera del redentor y Dios que esta para encarnarse en María, después desaparece delante al único mediador. Maternidad espiritual de María es adopción por gracia”* (p. 21).

Hemos visto, entonces, cómo el sacerdocio de Cristo se comparte en dos líneas complementarias, la del sacerdocio común de todos los fieles y la del sacerdocio ministerial y ordenado. Ambas formas se realizan en la Iglesia, pueblo sacerdotal. María, como miembro supremo de este pueblo sacerdotal, participa a su vez de estas dimensiones. En Ella se manifiesta claramente la dimensión profética de la fe, el anuncio y el testimonio; la dimensión sacerdotal, así como la dimensión real, está existencialmente presente en Ella, como Cooperadora y Mediadora. Adherida plenamente al designio del Padre, participa de la realeza de Jesús, incluso en su dimensión gloriosa, y acompaña a la Iglesia hacia su cumplimiento, como verdadera guía y Madre de la humanidad. San Pablo VI, después del Concilio Vaticano II, quiso encarecidamente que se diera a María el título de “*Madre de la Iglesia*”, afirmando que María, siendo Madre de Cristo, Cabeza de la Iglesia, “*es también Madre de su Cuerpo, la Iglesia, por tanto, también de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia misma*” (PABLO VI, *Alocución al final de la III sesión del Concilio Vaticano II*). La relación única entre María, su Hijo y la Iglesia, por tanto, evidentemente también brilla en una maternidad especial hacia todos los sacerdotes ordenados, aquellos que se configuran en el Hijo, Cabeza y Pastor y que participan más de cerca en su obra redentora.

La conclusión de nuestros ejercicios, con la esperanza de que haya sido útil para renovar nuestro camino de fe y adhesión a Cristo, Sumo Sacerdote Eterno de la Nueva Alianza, quiere convertirse en oración a María con las palabras de San Juan Pablo II, en la oración final de la Exhortación apostólica postsinodal *Pastores Dabo Vobis* (1992):

*“Oh María,  
Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes:  
acepta este título con el que hoy te honramos  
para exaltar tu maternidad  
y contemplar contigo  
el Sacerdocio de tu Hijo unigénito y de tus hijos,  
oh Santa Madre de Dios.*

*Madre de Cristo,  
que al Mesías Sacerdote diste un cuerpo de carne  
por la unción del Espíritu Santo  
para salvar a los pobres y contritos de corazón:  
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,  
oh Madre del Salvador.*

*Madre de la fe,  
que acompañaste al templo al Hijo del hombre,  
en cumplimiento de las promesas  
hechas a nuestros Padres:  
presenta a Dios Padre, para su gloria,  
a los sacerdotes de tu Hijo,  
oh Arca de la Alianza.*

*Madre de la Iglesia,  
que con los discípulos en el Cenáculo  
implorabas el Espíritu  
para el nuevo Pueblo y sus Pastores:  
alcanza para el orden de los presbíteros  
la plenitud de los dones,  
oh Reina de los Apóstoles.*

*Madre de Jesucristo,  
que estuviste con Él al comienzo de su vida  
y de su misión,*

*lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,  
lo acompañaste en la cruz,  
exhausto por el sacrificio único y eterno,  
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:  
acoge desde el principio  
a los llamados al sacerdocio,  
protégelos en su formación  
y acompaña a tus hijos  
en su vida y en su ministerio,  
oh Madre de los sacerdotes. Amén”.*